ORACION DE ESTUDIOS

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS, EN EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, EL DÍA 30 DE OCTUBRE DE 1911, POR EL PROFESOR DE DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO, DOCTOR MIGUEL ABADÍA MENDEZ

Señor Ministro, Excelentísimo Señor Delegado Apostólico, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo Primado, Señores alumnos :

Solemne á la par que regocijado ha sido y será siempre el espectáculo á que nos es dado asistir en el actual momento, sin que alcance á amenguarle ninguno de dichos caracteres la anual periodicidad con que ocurre en este venerable instituto, tres veces secular ; porque nunca llegará á perder su pompa, siempre nueva, la estación otoñal, en que la Providencia Divina con larga mano otorga á sus criaturas los dones de la tierra que habrán de conservarles la existencia, ni el gozo dejará jamás de inundar el corazón del labrador al recibir los frutos que le aseguran el propio sustento, el de su prole y servidumbre, el de sus bestias y ganados.

Y es éste el tiempo de la recolección y la vendimia en la heredad bendita de Fray Cristóbal de Torres : el mayoral de los operarios, á quien hemos seguido paso á paso, cuando, inclinado sobre la corva reja del arado, trazaba el surco que debía guardar la semilla, mezclada con el sudor de su frente pensadora ; á quien vimos luégo escardando los sembrados para extirpar las malas hierbas, y poniendo más tarde el riego que precave el agostamiento de las mieses y viñedos, se asienta hoy á la entrada de la troje y á la orilla del lagar, para presenciar la llegada de los carros oprimidos por las gavillas y de los cestos rebosantes de racimos, que habrán de brindar el sustento á la patria colombiana : con aquéllas se amasará el pan de la ciencia que nutra su cerebro ; de aquéstos se extraerá el vino del carácter, que infundirá en sus venas el vigor y el coraje necesarios para alcanzar los altos destinos á que está llamada.

Si para todos los presentes el acto que aquí se realiza tiene la importancia que dejo apuntada, en lo que á mí toca, posee la virtud de conmover las más íntimas fibras de mi corazón, porque al contemplarlo, por impulso irresistible vuelvo los ojos á mi edad primera, y la memoria me transporta á una época ya lejana—como que un cuarto de siglo nos separa de ella—en que, restituído el Colegio á su prístino esplendor y restablecidas sus cristianas tradiciones, salvé los umbrales de la puerta que hoy corona el escudo de Santo Domingo, y vine á sentarme en los bancos de estas aulas, en donde doctos profesores, algunos de ellos borrados ya del número de los vivientes, iniciaban á los alumnos en los principios de la profana ciencia, y en que á tarde y á mañana iba á postrarme de hinojos á los pies de *La Bordadita*, preciado adorno de nuestra humilde capilla, para implorar su protección y amparo, para entonar sus alabanzas y ensalzar, al nacer como al morir el día, el sacrosanto nombre del Señor : *a solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*.

Estos mismos claustros, que al presente medís con vuestros pasos ; ¡ oh jóvenes alumnos !, recorrí yo también con los alegres camaradas de mi adolescencia ; esas mismas columnatas y arquerías son testigos mudos de las recias luchas empeñadas por la generación de entonces para arrancar á la ciencia sus arcanos ; esos muros aún deben guardar el eco de ingenuas confianzas acerca de nuestras ambiciones juveniles ; el rumor de los solemnes juramentos que hacíamos de aprovechar las sanas enseñanzas impuestas por el santo y excelso Fundador de este Colegio, profesadas por maestros eximios ; de seguir, aunque de lejos, el ejemplo legado por aquella generación de gigantes, concebidos en el seno de esta *alma mater* á fines del siglo antepasado y en los comienzos del subsiguiente, generación que acumulando las montañas de su fe religiosa, de su profunda ciencia y de su ardiente patriotismo, alzó la pirámide amasada con la sangre de sus venas, por donde, más feliz

que los titanes de la fábula, logró escalar el Olimpo de una patria libre, soberana é independiente, de esta nación colombiana, fábrica portentosa cuya ruina estáis vosotros llamados á evitar.

En el propio recinto de esta Aula Máxima, entonces como hoy, las altas dignidades civiles y eclesiásticas, los representantes más eminentes de las ciencias, las letras y las artes se congregaban para honrarnos con su presencia, para despertar noble ardimiento en nuestras justas literarias y científicas con benévolos aplausos, con voces lisonjeras, y otorgar el galardón debido á nuestros esfuerzos incipientes. ¿Cómo, pues, no sentirme conmovido al agolpárseme á la memoria tal cúmulo de recuerdos, y cómo impedir que una ola de melancolía me anegue el alma al hacer en este instante, dentro de mí mismo, el rápido recuento de los nombres de amados condiscípulos que, á la par conmigo y en ocasiones como la presente, vinieron sin duda alguna con mejores títulos que yo á recibir el premio alcanzado en largos años de fatigas, privaciones y desvelos, y que una vez salidos del abrigo maternal de este instituto no supieron mantener la integridad de las enseñanzas recibidas, se dejaron arrollar por el empuje de las pasiones mundanales y rindieron la jornada de la vida cuando apenas la empezaban, sin que quede de ellos otra cosa que su nombre sepultado en los anales del Colegio y esta colectiva remembranza que un cariñoso compañero les consagra y que quizás "llegue hasta su lóbrego retiro y haga su helado polvo rebullir."

Pero, dejando á un lado estas tal vez inoportunas añoranzas, que en todo caso pueden servir de advertencia saludable para apartaros de senderos peligrosos, volveré los ojos al presente para recrearlos y consolar el ánimo con la contemplación del estado floreciente del Colegio, así en la fábrica material que brinda albergue á vuestros cuerpos, como en las enseñanzas y disciplinas con que se repasta vuestro espíritu.

Cifra y compendio y coronación de las mejoras materiales realizadas en el lapso de tiempo á que vengo refiriéndome, es la hermosa estatua que se alza en la mitad del patio principal, y que copia y fija en duro bronce la figura de nuestro santo y venerable Fundador. Su rostro plácido y venusto contempla complacido estos claustros levantados por un esfuerzo perseverante de su inagotable caridad: todo cuanto la vista alcanza y el oído escucha en esta colmena juvenil es obra de ese cerebro pensador y de ese brazo prepotente que parece va á alzarse para bendecir y proteger el enjambre bullicioso de sus hijos, que á la hora del descanso se agrupan en torno de la augusta efigie.

Y en lo que atañe á los estudios, básteme mencionar la restauración de la Facultad de Derecho, patrimonio secular de este Colegio y el ensanche no interrumpido que en él reciben las disciplinas escolásticas y la enseñanza clásica. Y ya que es éste el carácter propio del Colegio y explica la razón de su existencia, permitidme unas breves palabras sobre este asunto de la enseñanza clásica, debatido hoy con tanto ardor en el antiguo y en el nuevo mundo, desde que el César germánico clamó desde su trono contra el *proletariado intelectual*.

Quince centurias van corridas desde que la molición y corrupción latinas se vieron frente á frente con la barbarie y la rudeza germanas. El imperio romano de Occidente, autor de tantas glorias y heredero de la cultura helénica, se derrumbó al empuje de las hordas salvajes del Norte, y la Europa entera se vio sumida en la noche oscura formada por las épocas del feudalismo y la Edad Media, noche cuyas tinieblas sólo se veían rasgadas á trechos por el fulgor luminoso de las antorchas prendidas por la Iglesia Católica y los cultivadores del Derecho Romano. En la porfiada lucha venció al fin la claridad y lució de nuevo sobre Europa el sol esplendoroso de la civilización romana con la llegada del Renacimiento, que difundió el estudio de los

clásicos latinos, no ya con fines puramente gramaticales, sino con el propósito de desentrañarles las ideas y copiarles el estilo, movimiento que en breve vino á completarse con el cultivo de la literatura griega.

Pudo creerse entonces que el Renacimiento vendría á ser como el arco iris de paz alzado sobre aquel nuevo diluvio, y que los bárbaros habían desaparecido para siempre. ¡ Vana ilusión ! Los bárbaros, aunque vencidos, quedaron incorporados en las modernas sociedades, y hoy no vienen á atacarnos desde el Norte porque los tenemos en nuestro propio seno ; y á fin de probarnos su existencia, de cuando en cuando se alzan feroces como antaño contra aquella civilización que los venció y pretenden una regresión á la barbarie.

Y de estas acometidas es claro que no pueden escapar las enseñanzas clásicas, la literatura griega y la latina, ni el idioma de sus antiguos adversarios. Como cosa ñoña y anticuada, propia para generar castas intelectuales de privilegio natural, deben ceder el paso al flamante modernismo, que también en la enseñanza existe el modernismo.

Era natural que Francia, ansiosa siempre de funestas novedades y empecinada en subvertir todo orden existente y toda autoridad, diera la voz de ataque á la enseñanza clásica, decretando en buena parte la proscripción del griego y del latín, é implantando la famosa reforma de programas que, según aseguraba, debía modernizar la enseñanza secundaria y darle forma práctica y provechosa. Fue aquello en 1902, y un lustro solamente de aplicación del sistema bastó para poner en evidencia el grave yerro cometido, y fueron los padres de familia, á cuyo ojo vigilante no escapa vicio alguno que se desliza en la educación de sus hijos, los primeros en dar la voz de alarma contra la deficiencia del sistema implantado, patentizada por los resultados obtenidos y confirmada por el testimonio de los maestros mismos. Y de nada han valido las continuas enmiendas de los métodos para ver de mejorar el sistema : el

mal sigue adelante, y á la hora presente ingenieros y abogados, banqueros é industriales y hasta el Instituto Nacional unen su voz á la de artistas y literatos para pedir que se vuelva á la enseñanza basada en el latín, á fin de poner un dique á la barbarie y conjurar la muerte de la lengua de Corneille y de Racine, de Bossuet y Bourdaloue, de Voltaire y Chateaubriand.

Los médicos también confiesan que ven con sobresalto subir hacia ellos la marea de la mediocridad. A sus ojos, y según declaraciones recientes hechas en el Senado francés por autorizados voceros suyos, la cuestión de la enseñanza clásica ha dejado de ser una cuestión social para adquirir las proporciones de un problema profesional y aun de índole moral. Allí han puesto de bulto, basándose en el testimonio de los sabios de todos los tiempos, la utilidad de la enseñanza clásica como fundamento del estudio de la ciencia médica, y muy oportunamente han invocado el parecer del famoso químico alemán Liebig, nada sospechoso para los modernos pedagogos utilitaristas. A la fecha de la reciente fundación de las *escuelas reales* en Prusia, Liebig se mostró uno de los más fervorosos apóstoles de la enseñanza modernista, basada en los estudios de observación y experimentación, para contraponerla á los idealismos de la enseñanza clásica. Y, á su pesar, bien pronto hubo de dejar escapar de su pluma la siguiente dolorosa confesión : “ He sostenido que la educación modernista, y no la clásica, era la que mejor cuadraba á los jóvenes que debían consagrar su vida á las carreras científicas é industriales ; pues bien, la experiencia me ha enseñado que los alumnos procedentes de las *escuelas reales* que vienen á cursar en mi laboratorio, son, durante el primer año, superiores á los salidos de los *gimnasios* ó colegios de enseñanza clásica ; en el segundo año apenas los igualan, y en el tercero se encuentran colocados en manifiesta inferioridad.”

Y es que para reparar la falta de las humanidades, á las que no se les otorga en los métodos modernos ni el

tiempo necesario, ni la importancia debida; para sustituir la lenta impregnación, la iniciación razonada y sin premuras, que realizan maravillas en la educación humana, se implanta y preconiza una pedagogía empírica, mecánica, movida por vapor ó electricidad, que simplifica todas las enseñanzas, pero sin ahondar ninguna. Se huye de la abstracción y se economiza la reflexión: lo que importa es producir mucho, aprisa y sin esfuerzo. Métodos rápidos, fáciles, modernos, conformes con las aspiraciones de las modernas sociedades, pero sin profundidad y sin ideal, que parecen destinados á rebajar el nivel de los conocimientos humanos, más bien que á levantarlo, y que están preparando una abundante cosecha de medianías, fácilmente convertibles en nulidades. Conviene persuadirnos de que la enseñanza que con propiedad se llama secundaria, no puede estar destinada á la generalidad de los habitantes de un Estado, y que para alcanzarla debemos consagrarle el tiempo requerido, porque en ésta, como en todas las empresas de los humanos, el tiempo suele vengarse de las obras que intentan realizar sin su eficaz concurso. Es absurdo pensar que sean las ciencias difíciles y abstrusas las que deban encontrarse en los umbrales de un sistema de educación; al paso que las humanidades clásicas—y sobre todo las humanidades latinas—son una escuela para aprender á razonar y expresar correctamente el raciocinio, para formar el carácter y educar el buen gusto, escuela irremplazable para el adolescente, escuela indispensable para la grandeza intelectual y moral de las naciones, y para su desarrollo científico, como lo acredita la historia de los Estados más importantes de la vieja Europa. Sigamos, pues, depositando en los cerebros infantiles la simiente de la enseñanza clásica, que fecundada luego por la filosofía cristiana del Angel de las Escuelas, producirá los hombres que habrán de influir más tarde y de manera decisiva en los destinos de la patria, y vendrán á ser los conductores de los pueblos.

Alumnos del Colegio del Rosario! Recibid enorgullecidos los premios otorgados á vuestros afanes y desvelos, y que sólo pueden mirarse con desvío por aquellos que son incapaces de ganarlos: ellos son prenda y presagio de los más altos que os aguardan á vuestra entrada en la vida pública, y hoy por hoy, son el testimonio que abona el cumplimiento de vuestros deberes escolares, y habrán de llevar el júbilo al corazón de vuestros padres, y harán asomar lágrimas de contento á los ojos de vuestras madres. Id tranquilos y satisfechos á reparar vuestras fuerzas y esparcir vuestros ánimos á la sombra del techo paternal, entre mimos y agasajos que muy merecidamente se os preparan, para que tornéis luego, con redoblado brío, á reanudar la ardua tarea que tenéis entre manos: la coronación de vuestra carrera literaria y profesional, al amparo de la enseñanza clásica.

Y si en medio de vuestras abstracciones y vigiliass llegare á vuestros oídos—Dios no lo quiera—el grito indignado de la patria, que convoca sus hijos á la lid, acordaos entonces de que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario no ha sido solamente en la historia de Colombia el semillero de sabios y letrados, sino que la filosofía cristiana y las humanas letras fraguaron siempre en él legiones de guerreros y tribunos, de héroes y de mártires. Acorred como buenos en defensa de este suelo que guarda las cenizas de vuestros mayores, de esta tierra que os otorgó la vida y todo cuanto al presente sois y seréis en lo futuro; empuñad el acero protector de la justicia y el derecho, y si os cupiere la gloria de sucumbir en la contienda, podréis, al exhalar el último suspiro, proferir con noble orgullo el apóstrofe sublime del poeta clásico, del dolorido cantor de una patria esclavizada:

*Alma terra natia,
La vita que mi desti ecco ti rendo.*

HE DICHO.